



Enrique Fernández Ledesma, *La gracia de los retratos antiguos*, 2ª ed., México, Instituto Cultural de Aguascalientes, 2005.

¿Por qué reeditar *La gracia de los retratos antiguos*, cincuenta y cinco años después de su primera edición? La respuesta nos la da Aurelio de los Reyes en la presentación de esta nueva edición, realizada finamente y con gran esmero por el Instituto Cultural de Aguascalientes. Desde el encuadrado con pastas duras —con su camisa de papel albanene que vela la imagen de dos niñas tomadas de la mano— e impreso en papel semisatinado color hueso, el lector se dará cuenta que en sus manos tiene un libro único. *La gracia de los retratos antiguos* era una publicación casi mítica, imposible de conseguir en librerías de usado y una referencia más obligada para historiadores, sin importar que no instrumentara metodología alguna de análisis de imagen o catalogación de técnicas y fotografías o de investigación historiográfica.

La belleza de esta publicación radica en los espacios, tiempos y atmósferas nostálgicas que decanta Fernández Ledesma, con un lenguaje de vena poética al interpretar y evocar a los retratados y sus costumbres de un México que se nos fue. La mirada se envuelve en daguerrotipos anónimos, montados en estuches de *Valdeck*, *Bourard* o *Littlefield*, *Parsons* y *Cía*, y la atención se posa en los retratos realizados con gracia en las manos maestras de estudios y fotógrafos como Montes de Oca, Cruces y Campa o Valletto y Cía., entre otros. Aun en la era de la reproductibilidad, estos retratos son únicos y singulares, verdaderos tesoros para la sociedad cosmopolita de la época, que disfrutaba en solitario o compartía con *donosura* la efigie de la madre, hermanos, prometidos o hijos. Aun a nuestros ojos los personajes no identificados nos despiertan asombro por las posturas, indumentarias y actitudes del México sofisticado del siglo XIX.

El maridaje perfecto entre el porte de los retratados y las anotaciones entrañables de Fernández Ledesma nos capturan para entender la majestuosidad y orgullo de la *mexicanidad* en que se vivía. Sólo se muestra al *criollismo gallardo* de la época, donde no hay lugar para *el lépero*, *el pécora* o *el cócora* por su dudosa *polidez*. El lenguaje utilizado por Fernández Ledesma en sus anotaciones crea el aura necesaria que nos permea de entusiasmo para, así, observar minuciosamente a los retratados sobre superficies que emanan finos aromas como la *Colonia de Farina*, adornados exotismos simbólicos en *gargantillas*, *guardapelos* y *relicarios*, así como *piqués bordados a mano* y sombreros de fieltro de *ala ancha* y un *poco aclarinada* mercadeados en *Falconi* o *Zolly* dan el cierto toque para comprender el modo de pensar de una época gloriosa para México, sus retratados y sus retratistas.

Gerardo Montiel Klínt



Laura Barrón y José Teodoro, *Cathedral*, México, Conaculta-Fonca/The Banff Centre, 2005.

Se trata de un libro que, desplegado, mide unos tres metros de extensión. Un largo acordeón dentro del cual se contienen unos paisajes tan desolados como apacibles que conforman una pausada cadencia de imágenes. Un largo recorrido que va de lo luminoso de un mar diurno a una oscuridad indefinible. Y en medio algunos vestigios apenas sugeridos, lo vertiginoso de un tránsito en fuga, la aridez de la piedra,